



DIRECTOR:
ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

ADMINISTRACIÓN:
CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 41, 1.º

...CON LA REBAJA

Después del contratiempo de *Victoria de las Tunas*, el general Weyler menudea los telegramas que es un portento.—Por de contado, que *Victoria de las Tunas*, que habíamos de recuperar en menos de cuarenta y ocho horas, y sin esfuerzo alguno, continúa á la hora ésta en poder de los insurrectos.

No es que yo presuma que si me nombrasen general en jefe reconquistaría *Victoria de las Tunas*, y acabaría la guerra, y sería más afortunado que Weyler; ni soñarlo siquiera.—Ni entiendo de esas cosas, ni valgo para mandar un piquete de guardias de Orden público; pero, vean ustedes, como no sirvo para eso, no soy general, ni pienso que me saquen de particular en toda mi vida; y no he ido á manejar doscientos mil soldados, lo cual es muchísimo más difícil de lo que muchos creen, y aun de lo que el mismo D. Valeriano se figuraba.

Porque no piensen ustedes que dé yo á eso de *Victoria de las Tunas* importancia grande ni transcendencia extraordinaria; es, ya se comprende, una de las vicisitudes de toda campaña, en la cual por precisión ha de haber sucesos prósperos y sucesos desfavorables.

Ya ven ustedes, en la primera guerra carlista ganaron el condado de Morella alternativamente Cabrera y Espartero; nada, que eso vale muy poco.

Pero, fíjense ustedes algo en esto: el general Weyler anunció que *Victoria de las Tunas* se recuperaría sin esfuerzo.

Y *Victoria de las Tunas* no se ha recuperado, ni con esfuerzo ni sin él, todavía.

Lo cual es un dato abrumador contra la infalibilidad del general en jefe.

Después ha ofrecido solemnemente que la guerra se tará concluida á fines de Marzo... ¿No podría equivocarse también?

Claro que podría.

Y para mí... que va á equivocarse.

Y cuidado que esas equivocaciones son de consecuencias muy desastrosas.

Y si no, ahí está el general mismo, que ha telegrafiado á su jefe el Sr. Azcárraga, y que, á ser exacto (que si lo será), lo que cuentan los periódicos:

«... ha manifestado su creencia de que, aun siendo grande la proporción de los fallecidos entre los repatriados, aún lo sería más considerable si estos últimos permaneciesen en la isla, pues de los que regresan se salvan más que se salvarían continuando bajo la acción del clima de las Antillas.»

¿No es verdad que edifica y consuela todo esto? Sobre todo, cuando el general pide todavía un plazo de *siete meses* para casi pacificar la gran Antilla en casi todos todos sus departamentos.

Cuando leo estas cosas confieso á ustedes que se me ponen los cabellos de punta.

Y eso que no tengo allí hijos, ni padres, ni hermanos; que si los tuviese... vamos, que sería cosa de volverme loco.

Y quien me da á mí aún más lástima que los pobres repatriados, que si quedaran allí morirían y volviendo á la patria mueren también, es la gente que por sus cargos oficiales y por exigencias ineludibles de su posición no tiene mas remedio que hacerse superior á su pena y fingir que se regocija y se entretiene.

Cuando leo, pongo por caso, en periódicos de gran circulación telegramas como los siguientes:

«*San Sebastián 20 (6 n.).*—El miércoles llegará á esta población el rey de Servia. Ignórase si vendrá oficialmente ó de incógnito; en el primer caso se le tributarán los honores correspondientes á su jerarquía en la frontera y aquí. En el palacio de Miramar tendrá lugar un almuerzo en su honor.

A la hora en que telegrafio están tocando en el palacio de Miramar Pilar Mora y Arbós.»

«Mañana, en el tren de las once y media, llegarán á ésta, procedentes de Biarritz, la reina Natalia y el rey Alejandro.

Almorzarán en Miramar y regresarán á Biarritz á las seis de la tarde.—*Aguilar.*»

Cuando leo esto, digo, después de haber leído lo otro,

y comparo el telegrama del corresponsal con el del general Weyler, se me pone el corazón pequeñito, pequeñito, y echo de ver que soy un parapoco y un pusilánime; pues si, por deberes de un cargo oficial, me viera yo en el caso de ocultar mis lágrimas, de disimular mis angustias, de acudir á banquetes y escuchar conciertos... ¡qué se yol ¡qué se yol, estoy seguro de que no podría resistirlo. ¡Vamos! que no sirve uno para esas cosas.

El Tío Paco

P. D.—Y á todo esto, yo sin saber á qué ministro debo dirigir cargos por que dura tanto el veraneo de la corte.

Pisto.

Hoy voy á permitirme la confección de un pisto.

Si cuando pasan rábanos hay que comprarlos, según el dicho, cuando hay buenos artículos no hay que perdonar el sabroso pisto que ofrecer puedo á los lectores.

Lo de Cuba... soberbio. Paz octaviana completa. Llegan presentaciones. Los trenes circulan con regularidad desde la Habana al límite de las líneas, según telegrama del general Weyler fecha 16 del corriente mes, y según otro telegrama fecha 20 del propio mes y del propio Weyler, entre Artemisa y Mangas, una bomba de dinamita hace volar una máquina exploradora de un tren de viajeros.

Empleados civiles y clases militares y soldados todos, puntualmente, cobran... ánimos.

Lo de Filipinas... admirable. Ese bando reciente, plagado de penas de muerte, es el mejor argumento de que se camina á la pacificación absoluta en breve plazo. El pedido de refuerzos es pura previsión.

Todos los empleados y clases cobran con puntualidad... alientos, sin descuento.

Lo de Woodford... tetuunizado. A pesar de tener más conchas que un galápago, le ha descubierto el duque el juego, y, en efecto, el ministro no ha soltado prenda, pero la soltará. Que será satisfactoria lo indica la precaución insistente que tiene el yankee, á pesar de sus informes, en procurarse fácil retirada.

Lo de la excomunión, es decir, lo de las excomuniones, porque son dos excomuniones, una religiosa, de la que parece reirse el ministro valenciano y fervoroso devoto de la Virgen de los Desamparados, y otra moral, en la que se hace terrible acusación de inmoralidad, robustecida por la respetabilidad y por la fe que indudablemente merece el acusador. Pues... á la primera contesta el chufero con una partida de caza, y no sé si habrá enviado algún conejo á su ilustrísima. La segunda es acogida con glacial indiferencia.

Lo del crédito... ríanse ustedes de paparruchas, ríen de los cambios. Esos son todos burdos manejos de los enemigos del partido conservador, de los envidiosos del excomulgado ministro. Nunca, en jamás de los jamases (aquí del verbo *jamar* y del *jámala já*), ha gozado el crédito español de más prestigio, á pesar de las azarosas circunstancias por que atraviesa la nación.

Lo del pan... todo está igual, parece que fué ayer y, sin embargo, es hoy el día que me han cobrado cincuenta y cinco céntimos de peseta por kilogramo, sin que los buenos deseos y proyectos del alcalde y tenientes me hayan librado aún de ese impune *tímo*, sin que nos hayan librado de ese y otros que vienen cometien-

do á mansalva los industriales expendedores de otros artículos de primera necesidad.

¿Qué medidas se han adoptado y puesto en práctica? ¿Qué recursos se han ofrecido al vecindario en general y á las clases media y pobre en particular para no seguir siendo víctimas de la punible voracidad de los tahoneros y de otros vampiros?...

El motín de ayer... nada; una juerga, un desahogo. Las niñas jugaban en las Ventas del Espíritu Santo al *alimón* y las mujeres gritaban: «¡Muera *Limón!*...» Y por entretenerse en algo, derribaron é hicieron astillas cuantos casetones de consumidores encontraron en su recreativa *course*, hasta que comparecieron los guardias civiles y los del Cuerpo de seguridad y detuvieron á media docena de las divertidas y tres *consortes*. Hay quien atribuye el caso á una estratagema matutera. ¿Y cómo no siendo ministerial y hasta *limonero*?... Pero los que no son ni una cosa ni otra, entienden que en otra parte aprieta el zapato y que... ahora empieza Cristo á padecer.

¡Navarrorreverter... Sánchez de Toca... Limón!...

¿Para cuándo es la veneración?...

Como el pisto es plato de entrada, hago punto redondo á fin de que resulte ligero y no empalague á los lectores, á quienes celebrará parezca *pisto-nudo*.

El Tío Pepe.

Balsa de aceite.

La paz, la santa paz tan deseada parece que no reinará en este mundo por ahora.

Quizá tarde algunos siglos; quizá miles de años; quizá sea el ápice del movimiento progresivo de las sociedades, y el día en que su benéfico influjo se note por doquiera, sea el signo de que la humanidad llegó al sumo perfeccionamiento y la tierra se trocó en lugar paradisiaco, donde el dolor se halla vencido y donde las malas pasiones no existen.

Trabajan los hombres de buena voluntad por conseguirla y van de camino en su busca; pero la obra es lenta, tan lenta y para andar un paso ¡tardan tanto!...

Tanto que parece la «lenta pero continua desaparición del poderío de la media luna sobre la culta Europa».

Consuélenos el saber que á la paz vamos y fortifiquemos nuestro ánimo la evidencia de esa verdad, aunque á la vista no lo parezca.

No decaigamos y adelante.

¿Que no se la ve apuntar por parte alguna?

No importa.

Está al fin del camino y nosotros estamos aún en el primer paso.

Así como el labrador riega el surco con el sudor de su frente, nosotros fertilizamos la tierra sembrada por la idea de la paz, que tardará en germinar miles de años, con la sangre de miles de hombres.

«La paz reinará en el mundo.»

El procedimiento de que se han valido los sabios para averiguarlo debe haber sido tan ingenioso como el que sirve á los astrónomos para pesar y medir las estrellas y saber de qué materias están constituidas.

Porque lo cierto es que, por ahora, la tal verdad no

se la ve aparecer por ninguna parte, ni el profano la barrunta, ni con vista de lince se vislumbra.

Antes al contrario, los signos son de guerras de naciones contra naciones.

Y no sólo de guerras, sino de odios individuales.

Y huele á sangre por toda la redondez del globo terráqueo.

En Milán el pueblo lucha contra la Iglesia.

Coloca el pueblo la bandera italiana en la catedral, y el obispo cree profanada la Iglesia.

La Iglesia, que desea la paz á todos, todos los días... en misa, se defiende y no cede, y cuenta entre sus varones ilustres obispos-generales muy estimables y que se supieron dar gentil maña para evangelizar á fuerza de tajos y mandobles.

¿Se ve la paz?

Mr. Woodford ha hecho presente al Gobierno español que si para 1.º de Noviembre la guerra de Cuba no estaba terminada, el Gobierno de los Estados Unidos se consideraría en libertad para hacer lo que estimase más conveniente á fin de asegurar una paz estable en Cuba.

Tampoco por aquí parece que tenemos la fiesta en paz.

En Grecia se sigue también la moda, á juzgar por el siguiente telegrama:

«La opinión partidaria de que el tratado de paz con Turquía debe ser rechazado por oneroso y humillante comienza á ganar terreno.

Es probable la crisis ministerial.

Después de la comunicación oficial del tratado, el Gabinete ha declarado que, no habiéndose conjurado definitivamente el peligro de nueva guerra, no pueden ser licenciados los soldados de la reserva que hoy se hallan en armas.—*Caclamanos.*»

En la zona fiscal motin un día, y al otro trabajo en libertad de los de la ronda.

Trabajos que, como es sabido, se reducen á deslomar á algún transeunte pacífico.

Por el gusto de tirar al blanco.

Por mero sport.

¿Se quieren más señales de paz?

Pues el que quiera saber que le pregunte á Weyler, que dará pelos y señales.

Al buen pagador no le duelen prendas.

Tomás Carretero.

Merodeo.

Leo en *El Tiempo*:

«Pronto estará de vuelta la corte en Madrid. Inmediatamente es seguro que se dará solución al problema de política interior que se halla sobre el tapete; la interinidad desaparecerá de una ú otra manera, y es de importancia verdadera que en los asuntos de carácter internacional que pueden afectar á los más sagrados intereses de la patria aparezca España entera unida y dando fuerza al Gabinete que la represente.

Este es un deber ineludible, y que de seguro será cumplido por todos los partidos españoles.»

Mire usted: los partidos españoles se han propuesto eso mismo unas ochocientas veces lo menos.

Y no han logrado concertarse ninguna.

Como los amigos de usted, colega, y los otros.

Los de la ortodoxia... en el presupuesto.

De *El Liberal*:

«Hay quien se alarma creyendo advertir que en estos momentos guardan (los liberales) una reserva y experimentan un temor que á ellos mismos les parecían censurables y antipatrióticos en el mes de Junio.

Hay quien sospecha, sin duda porque de las continuadas desdichas se engendra la invencible desconfianza, que repugnan aceptar un legado peligroso, y que atienden á intereses secundarios, dando de mano á intereses supremos. Hay quien imagina apocamientos indisculpables, cuando no complicidades tristes.

No participamos nosotros de recelos tan infundados ni de aprensiones tan injustas.

Creemos, por el contrario, que el partido liberal sabrá y querrá cumplir sus deberes.

De no hacerlo así, decretaría su propia caducidad y apresuraría la ruina de todo.»

Y, de hacerlo así, también.

¡Pues qué! ¿se figura usted, camarada, que, según está el edificio, le sirven puntales, y menos puntales como el Sr. Sagasta?

El Correo Español:

«De donde resulta que el señor ministro de Hacienda está incapacitado para ejercer el cargo que desempeña.

Y no valen subterfugios, porque la cosa está clara como la luz del día.

El conflicto, pues, está en pie.

Y mayor será el día en que la corte regrese á Madrid, si para entonces no ha dejado el Sr. Navarrotorreverter la cartera, ó le han absuelto.

Porque no creemos que una señora tan cristiana y piadosa como doña Cristina de Hapsburgo se atreva á recibir en su palacio á un ministro excomulgado, ni sentarle á su mesa, ni tener con él tratos ni comercio de ningún género.»

Yo tampoco lo creo...,
por prudencia, lo mismo que *El Correo*.

El Globo, haciendo por la familia:

«El Consejo de ministros entrega el asunto á la Santa Sede, realizando con este acto de humildad incomprensible una lesión al derecho político, que no puede admitir la idea de ver al Estado dependiendo de la Iglesia, pues sus potestades se mueven en esferas, no sólo distintas, sino hasta cierto punto antitéticas: el derecho y la moral.

El Gobierno español así lo ha hecho, porque ninguno de sus individuos, que son los representantes de ese Poder ejecutivo, que no es sino una función de la soberanía, conoce lo que es el Derecho político y lo que esta ciencia enseña.

Dentro del sistema constitucional no hay funcionario que pueda amenguar ni restringir el Poder que ejerce; al resignarlo debe transmitirlo con la misma extensión y la misma fuerza con que de su antecesor lo recibiera.»

Descuide usted, que si éstos no maltratan al poder ese de que usted habla, ya lo estropearán los liberales.

Así como así, ambos partidos se complementan... en lo malo.

Cuando Azcárraga esté mal provisto de torpeza, le puede prestar Sagasta un poco.

Y vice versa.

De *El Estandarte* copiamos las siguientes líneas:

«Para los españoles no hay conversación más agradable que las crisis ministeriales. Discutir su planteamiento, el día y hora en que debe hacerse, las palabras con que el jefe del Gobierno ha de exponer la cuestión, los ministros que han de salir, los que deban entrar, cuanto hace relación con la alta política, subyuga, electriza, los vuelve locos á todos, políticos y no políticos.

Y no hay medio de escribir ni decir nada que no sea esto. El periódico que no pone unos cuantos comentarios sobre la crisis, no merece leerse, según el público; no sirve para nada, ni de nada se entera, su información es nula; en cambio, aquel que sigue el camino distinto, ese es el favorito, el más importante, el verdadero eco de la opinión.

Dentro de esta farsa vivimos, y aunque trabajo nos cueste, hemos de seguir con la moda. Bastante tiempo se pierde ya oyendo por las tardes en el salón de conferencias del Congreso las lamentaciones de cuatro fusionistas impacientes por ocupar un elevado puesto, vociferar y discurrir los planes del Gobierno y dar consejos y proferir amenazas, como si los ecos de aquellos infantiles desahogos fueran á repercutir en el despacho del presidente del Consejo ó en más altas esferas.»

Hace mal *El Estandarte* en escribir esas últimas líneas.

Si yo fuese periodista liberal, las recortaría y terminaría con ellas—citando su procedencia, por supuesto—cualquier artículo desde el poder.

Los cazos no deben gruñir á las sartenes.

Bien entendido, que lo del cazo y la sartén lo digo por los partidos monárquicos y no por *El Estandarte*.

Pláticas de familia.

Para EL TÍO PACO, ya lo saben ustedes, cuanto se refiere á la prensa periódica es asunto de familia; por esa razón se complace en hablar del resultado alcanzado por la iniciativa de un periódico muy bien hecho y muy *fin de siècle*, titulado *España en Biarritz*. Y para no incurrir en omisiones ó deficiencias en que le sería fácil incurrir si hablase por cuenta propia, va á reproducir lo que sobre la cuestión expone *El Liberal*.

«Nuestro colega *España en Biarritz*, que se publica en aquella población francesa, se propuso que en el casino de la misma, donde la orquesta celebra excelentes conciertos clásicos dirigidos por el maestro Steck, se verificase uno compuesto exclusivamente de música española.

España en Biarritz se salió con su empeño, y el concierto se verificó en la tarde de ayer con un éxito extraordinario.

A propósito de dicho concierto, publica el colega un hermoso número ilustrado, escrito casi todo en francés y con notas biográficas y críticas de los músicos y obras que figuran en el programa.

El hecho tiene importancia para el arte patrio, por ser la primera vez que el público cosmopolita de Biarritz ha tenido ocasión de oír las grandes obras de nuestros músicos.

El programa lo formaban: *La serenata*, de Valle; *La fantasía morisca* y *Los gnomos de la Alhambra*, de Chapí; *En la Alhambra*, de Bretón; *Aires bohemios*, de Sarasate, y *La marcha de Cádiz*, de Chueca.

Esta última fué la nota patriótica.

Nuestros plácemes al colega.»

Eso dice *El Liberal*.

«Y los míos también.»

Esto añade EL TÍO PACO.

No tan agradable, antes por el contrario, muy poco halagüeña para mí, es la noticia que, en dos formas distintas, ha aparecido ayer en varios periódicos.

Forma primera.

«El director de *El País*, D. Alejandro Lerroux, y con él todos, absolutamente todos sus compañeros de redacción, se ha separado de aquel periódico.

Fundan su resolución en razones de moralidad política y de dignidad profesional y en motivos de conducta interior, incompatibles con el decoro de la colectividad.

Si fuese necesario, están dispuestos á explicar públicamente aquellas razones y motivos.»

Forma segunda.

Nuestro colega *El País*, en su número de ayer, da noticia de la separación de sus antiguos redactores en los siguientes términos:

«Diferencias surgidas entre la redacción y la gerencia administrativa de *El País* han producido la salida de esta redacción de los Sres. Lerroux, López, Rosón, La Cal, Luna, Jerique, Riquelme y Llinás.

Lamentamos profundamente la separación de tan buenos amigos y excelentes periodistas.»

En lo sustancial las dos versiones vienen á decir una misma cosa; es á saber: que *El País* ha variado por completo de redacción y de dirección.

Así, de pronto, parece este asunto para ventilado privadamente entre la empresa y el personal de la redacción; pero pensándolo con algún detenimiento, aunque no sea mucho, se advierte que hay en estos asuntos periodísticos, sobre todo si adquieren tonos de colectividad, algo que, saliendo de la jurisdicción de lo privado, entra ya en lo que el público tiene derecho á conocer.

No insisto más en esto, *ahora*, aunque no renuncio á volver sobre el mismo tema; por hoy me limito á decir que deploro con todo mi corazón lo sucedido, si bien solamente por el resultado lo conozca, y que celebraría sinceramente que todo pudiera arreglarse y se arreglará.

Me suplican, y me parece muy justo hacerlo aunque no me lo suplicaran, me suplican la rectificación de un error de copia cometido en el número 43 de EL TÍO PACO, número correspondiente al lunes de esta misma semana.

Apareció en la séptima página de dicho número una composición poética firmada por las iniciales C. D. J., y las iniciales correspondientes al nombre y apellidos del autor no son esas, sino estas otras: E. D. Y.

Y no hay por hoy más «Pláticas de familia».

Justicia de Enero.



Pocas serán las resultas
de visitas oficiales.
¡Oh! vizconde; nuestros males
no se remedian con multas.

¡Qué mauser, ni qué ocho cuartos!

Hay en Málaga la bella,
de los camarones patria,
una viuda, según dicen,
joven, hermosa, gallarda,
dulce como la jalea,
con dos rosas en la cara
y dos flechas en los ojos,
que, de puro alegres, bailan.
No es una cosa estupenda
que exista una viuda guapa;
pero hay en la de mi cuento
una propiedad extraña
que aprieta el corazoncito
al hombre de más agallas;
porque la dulce señora
—que todavía no alcanza
veinticuatro primaveras—
á la sazón se prepara
con amoroso entusiasmo
y mal encubiertas ansias
la doncella pudibunda
á prosternarse ante el ara
con todo recogimiento
¡contrayendo nupcias cuartas!!
¿No te amedrentas, lector,
de precocidad tamaña?
¿No tiembles con todo el cuerpo?
¿No sufres con toda el alma,
en el porvenir pensando
que al esposo amante aguarda
si corre la misma suerte
que los otros, por desgracia?
Tres han sido los vencidos
en la singular batalla;
el enemigo no cede;
por el contrario, se casa,
y donde tres han caído
fácil es que un cuarto caiga,
si el cielo no le da fuerzas,
buen aliento y buenas armas.

Yo, aunque pasar me ofreciesen
la luna de miel en Jauja,
antes me ahorcaba de un pino
que entregar mi mano blanca
(es un decir) á ese cólera
en forma de ciudadana,
que, por lo visto, pretende
dejar sin hombres á España.
¿Si será filibustera?
¡Dios de Dios! ¿Si será yanka?
¡Qué servicios nos haría
su tremenda mala pata
operando en Occidente
y casándose en Pampangal!

Félix de Roncesvalles.

CUATRO FRESCAS

Y escribe Jenaro Alas, como quien no quiere la cosa,
en *La Correspondencia de España*:

«... Allí donde los generales no hacen política, hacen arte y ciencias militares. Y que lo contrario también es cierto, á la vista está.»

Toma, ya lo creo que está á la vista.
Hace lo menos sesenta años.

Lei ayer: *Los frontones*; sospeché que el nuevo gobernador los habrá cerrado, ó cuando menos habría prohibido en ellos el juego, y seguí leyendo:

«El representante de la Sociedad de Frontones de Madrid, Sr. Berriatúa, visitó ayer tarde al gobernador civil, señor vizconde de Iruete, para anunciarle que va á presentar á su aprobación un proyecto de reglamento de los corredores de los frontones.»

Según parece, el señor vizconde de Iruete se muestra propicio á dicha reglamentación, en términos que sea una garantía para el público y para la percepción del impuesto que cobra el Tesoro.»

Una decepción.

Lei luego: «*El gremio de Ultramarinos*», y me regocijé, figurándome que dicho gremio había concebido algún proyecto para aliviar la miseria del pueblo menesteroso.

Sigo leyendo y me entero de que hablaba de la última corrida de toros y que el gremio prometía, «á ser posible el año próximo, celebrar otra con mayores atractivos, subsanando las deficiencias que en ésta haya podido haber.»

¡Otra decepción!

¡Quién sabe si para el año que viene nos habremos muerto todos de hambre!

Que todo es posible al paso que vamos y si continúan las guerras.

Ya saben ustedes que lo del motin de anteayer no fué ná; explicando á *La Correspondencia* una ciudadana lo ocurrido, dijo:

«La causa de esto es que todos los días vamos á las Ventas, y la insignificante cantidad de medio cuartillo de vino ó medio kilo de carne, nos lo quitan los empleados del resguardo si no abonamos los derechos.»

Pues ¡qué se figuraban ustedes, que el Sr. Limón no querría tener su parte en ese medio kilo de carne?

¿Qué tal será la cosa, que hasta un diario conservador como *El Estandarte* dice ayer?:

«Sr. de Limón.

Usted no entiende lo que trae entre manos.

Madrid no es Moguer, ni Cartagena, ni siquiera Sevilla.

Aquí se necesita muchísima trastienda y usted no la tiene.

Tenga una prudente tolerancia; rodéese bien; no se deje llevar del decidido celo á que quieren arrastrarle velados defensores del matute.

Porque si no lo hace así
y le guía la ambición,
le van á dar en *Madrid*
vamos... la gran desazón.»

Pero, hombre, ¡cuántas veces lo he de decir? Si lo mejor sería que no se arrendase el impuesto de Consumos.

Y mejor aún que no hubiera tal impuesto.

Créanme ustedes á mi; hemos de concluir por eso. Pues cuanto antes se intente mejor para todos.

En la carbonería.

PROBLEMA

Indocti rapiunt coelum.

SAN AGUSTÍN.

Antes de ser en su pueblo concejal y alcalde, don Bartolomé había seguido la carrera eclesiástica, es decir, había ido por el camino de la iglesia. Como que era el cochero del obispo.

En este empleo le fué muy ricamente. Era gran vida. Buena cama, buena mesa, cebada abundante para las mulas y asegurada la salvación del alma, pues en el palacio de su ilustrísima, claro está, andaban á puntapiés las indulgencias.

Aquello era una gloria. Todo el que entraba en la casa, ya desde la escalera se sentía confortado y movido á devoción en aquella atmósfera piadosa, como cuidara un poco de no romperse las narices en un diablo de escalón puesto allí de la manera más imprevisita. Como algunos devotos se habían estropeado el órgano olfativo, con pretexto de alumbrar á un Eccehomo lucía allí un farol; pero no daba bastante luz.

Mas aparte de esto, ¡qué cosas tan buenas y tan santas se veían! No era posible volver los ojos sin encontrar por todas partes estampas de santos, cuadros de vírgenes, via-crucis, San Juanitos de cera con peluquín de estopa metiditos en urnas de cristal y niños Jesús con su bolita en la mano y camisita y pantaloncitos con puntillas; en fin, buenos ejemplos.

A pesar de todo, nuestro D. Bartolomé—entonces sólo era Bartolo—salió de aquel paraíso terrenal y renunció á tan buena vida. El demonio de la codicia por una parte y por otra el demonio de la ambición, tentaron á nuestro hombre; pero quien más de veras le tentó fué una lozana y robusta muchachota que en el pueblo era algo sobrina del cura y había ido á ser nodriza en comisión.

Seducido por los robustos encantos de la frescachona doncella, y por no sé qué de vacas, borregos y tío cura, nuevos atractivos de la muchacha, Bartolo se casó con ella sin andarse en chiquitas. Tampoco se anduvo en chiquitos, pues al que criaba su esposa Bartolo me lo dejó sin ama.

Una vez casado según el santo Concilio de Trento manda, Bartolo se retiró á su pueblo, donde se proponía vivir en gracia de Dios é independiente.

Al lisonjearse con tan risueña perspectiva, Bartolo, á la verdad, no hacía castillos en el aire. De cimientos á esas construcciones habían de servir, sobre los atractivos de su esposa, los ahorros hechos por él yendo á medias con las mulas de su ilustrísima en el consumo de la paja y la cebada.

Cuando se vió entre los suyos con mujer, dinerillo, borregos, vacas y tío cura, el bueno de Bartolo empezó á sentir la noble ambición de ser útil á su patria. En una palabra, que formó el intento de hacerse concejal, pensando, no sin razón, que bien sabría administrar los intereses locales quien tan hábil fuera administrando la paja y la cebada del señor obispo.

Pero como á nuestro hombre se le había pegado algo de latín en la caballeriza episcopal, al pensar en ser alcalde recordó aquello de *per angusta ad augusta* y, poniendo por un instante sordina á su ambición, abrió modestamente una carbonería.

Fué gran idea; llovieron los parroquianos. Tal vez se imaginaron que, habiendo sido el Sr. Bartolomé cochero del obispo, el carbón que despachaba tendría indulgencias. Tal vez las tuviese, pues entre la gente de

Iglesia andan de balde; pero lo que el carbón tenía de seguro eran piedras.

Ello es que el negocio fué viento en popa, y el señor Bartolomé, viéndose ya muy cerca de ser concejal, se frotaba de gusto sus manos sucias.

Próximo, pues, á ser D. Bartolomé, el hombre creyó que ya no le estaba bien seguir trabajando como un negro, y empezó á lavarse la cara. Entonces, para que le sirviera de auxiliar en su negra industria, llamó á un sobrino, indocto mocetón, que á la verdad no estaba cosa mayor de fuerte en latín ni hasta la fecha había inventado el picrato de potasa ó la melinita. Por lo demás, guapo muchacho que, sin hojear un tratado de mecánica, se cargaba gallardamente diez arrobas.

Como después del carbón y las piedras que, disfrazadas de negro, lo simulan, lo más necesario en una carbonería son las pesas, nuestro futuro D. Bartolomé encargó á su dependiente que fuese á la ciudad y le comprase las necesarias para pesar hasta cuarenta kilos.

No era, en verdad, de una complicación excesiva el encargo; pero sea por falta de memoria ó por sobra de una azumbre, el mozo lo hizo mal y volvió al pueblo llevando en vez de las pesas variadas y correlativas una barra de hierro que pesaba los cuarenta kilos.

Pintar el furor que tal estupidez produjo al tío, me llevaría cosa de unas once líneas, que economizo en obsequio á los lectores, pasando en silencio tan dramático episodio.

Sólo diré que en el primer instante á punto estuvo el Sr. Bartolomé de romper con la malhadada barra la cabeza del mastuerzo. Se contuvo é hizo bien, como el lector que no se haya cansado ya verá muy pronto. Contentóse con proferir una exclamación poco canónica, y en vez de lanzar la barra contra el sobrino, la arrojó al suelo con tal fuerza que se partió en cuatro pedazos.

Entonces demostró el sobrino que su mollera, des poblada de latín y matemáticas, tenía algo dentro. Cogió los pedazos de la barra, se fué con ellos, y, volviendo al poco rato, dijo á su tío:

—Tranquilese usted, no se ha perdido nada; con estos cuatro pedazos me comprometo yo á pesar desde uno hasta 40 kilos.

Atónito el tío con esta declaración, y sin poder alcanzar de qué podrían servir aquellos pedazos, empezó á rascarse la mollera mientras miraba á su sobrino con aire estúpido.

Los lectores de El Tío Paco que se tomen el trabajo de resolver este problema prestarán un verdadero servicio al Sr. Bartolomé diciéndole qué peso tenía cada uno de los fragmentos de la barra y cómo se las iba á arreglar el mozo para pesar con ellos.

Eladio de Lezama.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA ANTERIOR (1).

Hay que añadir 224 azumbres.

Han enviado solución exacta, por el orden en que los publicamos, los señores siguientes:

Sr. D. Julio Jaén, Algar (Murcia).

Sra. Doña Elisa Maella, Madrid.

Sr. D. F. G. Caso, Gijón.

» » Jacinto Vendrell, Barcelona.

» » Antonio F. de la Rosa, Madrid.

(1) Véase el número correspondiente al jueves 16 del actual.

ESPECTÁCULOS

PARA HOY 23.

LARA.—8 1/2.—6.º de abono.—
 Turno 3.º par.—Ecurrir el bul-
 to.—A caza de novios.—El padrón
 municipal.—Segundo acto.
 APOLO.—8 1/2.—Vialibre.—Foto-
 grafías animadas.—Las bravías.—
 Agua, azucarillos y aguardiente.
 ROMEA.—9.—Los coraceros.—Los
 currinches.—Chateau Margaux.—
 Charivari.

Balneario de San Felipe Neri

HILERAS, 4, MADRID

Aplicación del agua á todas temperaturas y formas. Espacio-
 sos y elegantes gabinetes para los baños de agua, así de lim-
 pieza y recreo, como para los minero-medicinales de todas cla-
 ses, particularmente los SULFUROSOS, primer establecimiento
 que los ha administrado en Madrid. — SALÓN HIDROTERAPI-
 CO, con los más modernos aparatos para la administración de
 toda clase de DUCHAS.—BAÑOS RUSOS simples y compuestos.

Servicio permanente á domicilio.

DISPONIBLE

BIARRITZ Y SUS CER-
 CANIAS, por P. Millán.
 —4 pesetas.

POESIAS de M. Morera y
 Galicia, con prólogo de
 Valbuena.—Séptimo volumen
 de la colección *Elzevir* ilus-
 trada. Ilustración de Gili y
 Roig.—Precio, 2 pesetas.

LUCHA EXTRAÑA, novela
 originalísima de Luis Ló-
 pez Ballesteros.—3 pesetas.

DISPONIBLE

EL TÍO PACO

DIARIO HUMORÍSTICO CON CARICATURAS

ADMINISTRACIÓN: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 41, 1.º MADRID

Este diario, *único en España en su clase*, se publicará todos los días menos los do-
 mingos.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION

En Madrid, un mes.	1	peseta.
En provincias, trimestre.	4	»
En Ultramar, un año	30	»
En Portugal, trimestre.	6	»
En el Extranjero, un año.	25	»

VENTA.—A corresponsales y vendedores, *veinticinco números*, 75 céntimos.

Número del día, *cinco céntimos*.—Número atrasado, *quince céntimos*.

ANUNCIOS á precios convencionales.

PAGO ADELANTADO